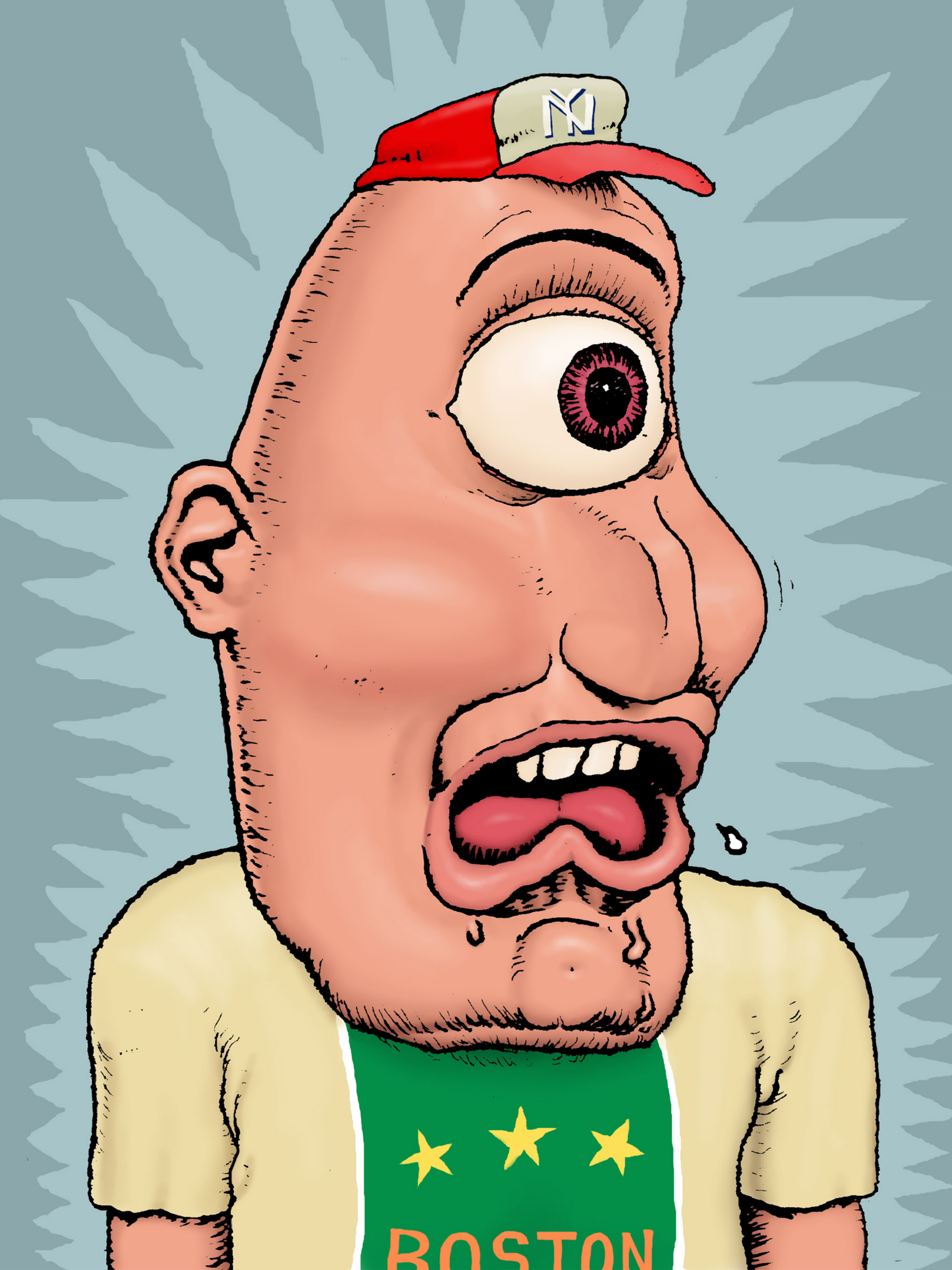
Mitología Asturiana

por J. C. Álvarez Cabrero

Mitología Asturiana

por J. C. Álvarez Cabrero


NY
BOSTON

Mitología Asturiana

por J. C. Álvarez Cabrero

Ediciones Pata Negra
Oviedo MMXVI

Edición al cuidado de

Javier F. Granda

PRESENTACIÓN

El 3 de noviembre de 2008, Fermín Santos, director de Ediciones Pata Negra, certificaba y firmaba el colofón de la *Mitología Asturiana* de Álvarez Cabrero. Estábamos ante una obra que se presentaba en una hermosa caja negra forrada en tela con tipografías en oro, conteniendo doce estampas calcográficas (aguafuertes y aguatintas) realizadas por el artista, acompañadas por otros tantos textos de escritores asturianos que participaban en ella.

La edición original, sobre la que se realiza esta versión digital, estaba limitada a setenta y cinco ejemplares de *edición venal*, siete *pruebas de artista*, dos ejemplares *fuera de comercio* y uno de *buena tirada*. Los textos sobre el papel se imprimieron mediante inyección de tintas pigmentadas con tipografías Times New Roman en papel Super Alfa de 250 gr. de la Casa Guarro. Todas las estampas estaban firmadas y numeradas por Álvarez Cabrero.

El editor agradecía expresamente a Caja Rural de Asturias y muy especialmente a su presidente, D. Román Suárez Blanco, el apoyo prestado para su materialización. Recordamos aquí nuevamente a D. Román, fallecido en septiembre de 2012, por su decidida contribución a la obra.

El origen de esta carpeta lo hallamos en un viaje que Fermín Santos realiza a Madrid en noviembre de 2007. Allí, en una librería de viejo, encuentra un libro titulado *Mitología Asturiana*. Aquel libro le fascinó. Recordaba en el prólogo a su edición que aquella publicación contenía varias estampas calcográficas basadas en personajes vestidos de época y con una breve descripción sobre los mismos. Fue al hojearlo

cuando se preguntó dónde habrían ido a parar aquellos personajes mitológicos que nos remitían a otro tiempo.

A la vuelta de su viaje, ya en el taller, comentamos el hallazgo reflexionando sobre lo apasionante de editar una nueva mitología asturiana. Le dimos alguna vuelta, me documenté sobre varios textos y pronto convinimos que lo interesante sería ver cómo esa mitología había llegado a nuestros días y cómo podría materializarse en una obra.

Pensamos que todo ese conjunto de creencias y representaciones figurativas de lo popular que fueron objeto de múltiples interpretaciones a lo largo del tiempo, se habían visto desplazadas por una imparable evolución social y de costumbres que propician, a veces, el desconocimiento o cierta distorsión, pero siguen presentes, en buena medida, en el inconsciente colectivo.

Dado que el sustrato cultural se va acomodando a nuevas realidades, decidimos que lo original residía en actualizar esa mitología y no en repetir los esquemas tradicionales. En ese instante ya no hubo duda alguna sobre quién sería el encargado de realizar el trabajo: Álvarez Cabrero tenía todas las cartas para salir al rescate de esa mitología y deslumbrarnos con su mirada.

Seleccionamos los personajes más representativos y el editor le hizo entrega de la documentación necesaria para trabajar con total libertad. Cabrero analizó todo aquello en detalle y no se resistió a llevarlo a su terreno. Ahora estas imágenes nos trasladan una visión nueva e inquietante de los personajes mitológicos bajo otra piel y en una dimensión a la que no estábamos acostumbrados.

De Fermín Santos es la selección de los escritores que participan en la obra y que continúan con su relato aquel

que Cabrero propone en las imágenes. En ellos podemos encontrar, también, lo más insospechado de estas antiguas creencias y leyendas populares.

Con la *Mitología Asturiana* de Álvarez Cabrero y los doce escritores que le acompañan, se han superado las inercias de una tradición gráfica y narrativa que se repetía hasta la saciedad aún en los inicios del siglo XXI. Es esta mitología, por tanto, una obra decididamente rupturista.

A la vuelta de los ocho años trascurridos desde que viera la luz, nos dimos cuenta que había llegado el momento de darla a conocer en otro soporte, haciendo posible que un mayor número de *lectores* pudiera descubrirla. En esta versión digital se mantiene tanto el orden general del original físico como la forma de presentación: grabado seguido del relato. Se emplean otras fuentes (Garamond) y se modifican las dimensiones para ajustarlas a la huella del grabado original (15x20 cm).

Hemos pensado que la edición digital es el formato adecuado para propagar ahora esta obra, permitiendo que cada uno de los *lectores* la comparta libremente llevándola un poco más lejos cada día.

Otros proyectos fascinantes como la ilustración por Cabrero de algunos de los cuentos de Edgar Allan Poe, quedaron varados en aquel 2009 cuando se cumplía el bicentenario del nacimiento del escritor y esta mitología veía la luz. Algún día, sin duda, volveremos a ellos con renovadas energías.

Javier F. Granda

Mitología Asturiana


MAU

Diañu Burlón

Vea lo que le pudiera pasar si al pernoctar en una ciudad yo habito en ella.
Por suerte para mí, hacia las dos o tres de la madrugada, aflora en los humanos el antagonismo entre lo ideal y lo real; viva expresión de los dolores sociales.

Y tras beber irónica felicidad a grandes tragos de botellas de vidrio, almacenan unas extrañas cargas eléctricas con las que sus ojos se encienden y se apagan. Se abren lentamente, emitiendo una sorprendente luz brillante. Expectantes revolotean en el aire hasta que encuentran otros ojos donde esconder sus deseos. Si algo les molesta apagan su luz de inmediato y se trasforman rápidamente en los ojos simples que eran en sus caras. Pero al rato, casi por rutina, vuelven a brillar como luciérnagas para posarse de nuevo en otros ojos.

Así paso las horas. Observándoles ¡Me cuesta tanto contener la risotada! No le extrañe que esto me divierta. No porque se muestren visiblemente contentos. Ni por ver en sus rostros una sonrisa de esperanza de jugar a amarse entre unas sábanas y así sepultar las penas que arrastran bajo su piel. No se lo ocultaré, me divierte gastarles bromas. De cuando en cuando las repito, sencillamente porque lo que me divierte es la burla en sí y de ninguna manera pretendo ser original. Además, casi siempre hay alguien que también se divierte y aplaude, pero nunca tanto como yo. Sé que es un consuelo siniestro.

Anoche me presenté como una alta y guapa moza de piernas largas. Todos los hombres del bar se fijaban en mí,

me miraban embelesados y expectantes. Y yo, conteniendo la carcajada, sonreía a cada hombre que me miraba, sin excepción, inventando un encuentro. Fue entonces cuando uno de ellos se acercó a mí con atrevimiento. Por un momento me sentí observado de arriba abajo. No pude reprimir ciertos pensamientos que me rondaban y con gesto pícaro y una sonrisa, le dije simulando voz femenina:

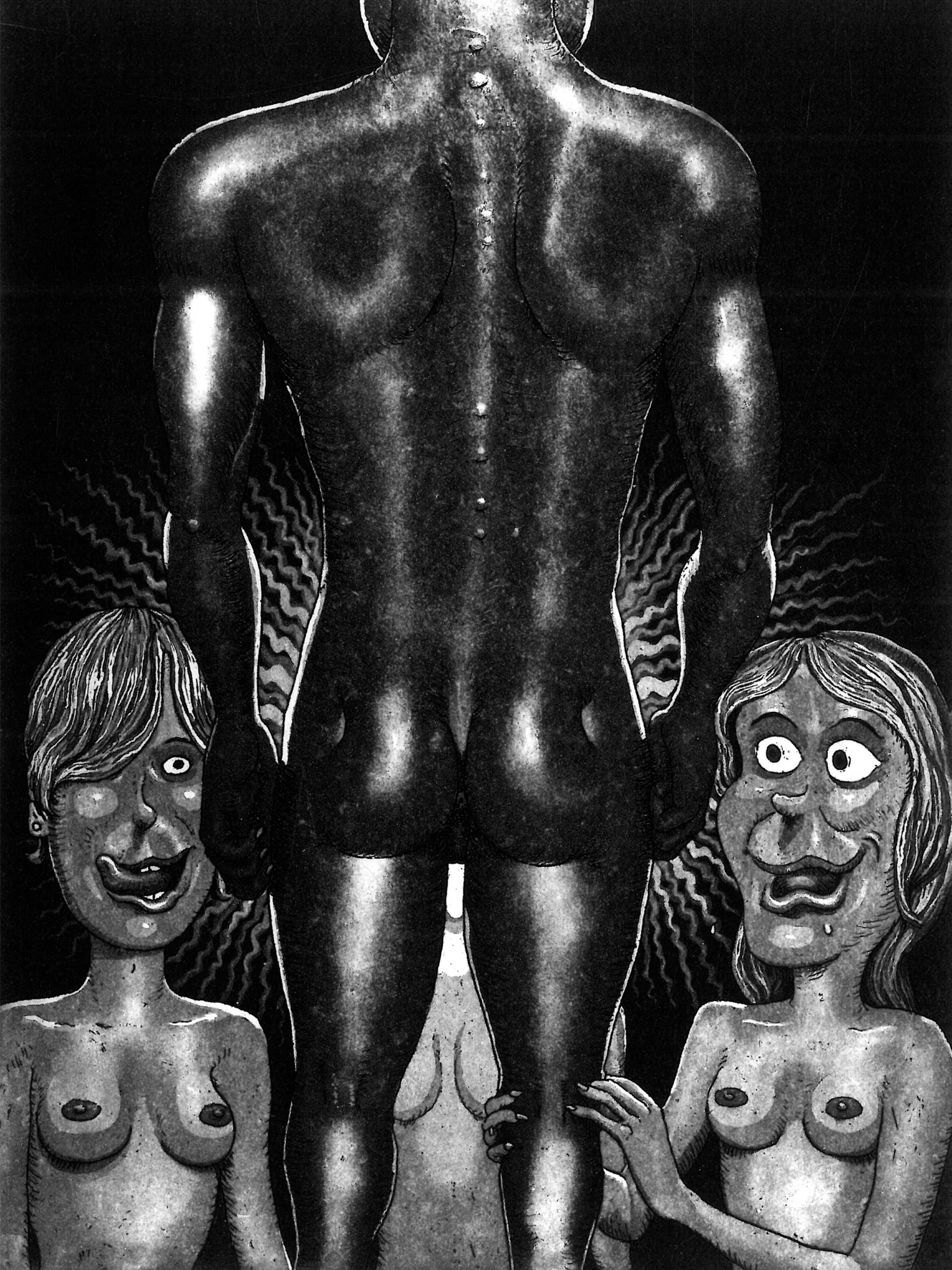
—Eres muy atractivo.

Él me miró contento y con cara de perrito posó uno de sus brazos encima de mi hombro. Se equivoca si piensa que eso me molestó. Yo con mi mano le acaricié el cuello lentamente, apretándome contra él, tratando de hacerle sentir en su cuerpo un calor como el del mediodía. Cuando hago esto, siento cómo los hombres se ponen nerviosos extrañados por mi descaro. Noto cómo su respiración se acelera, mientras sus brazos ansiosos rodean mi cuerpo y sus labios lascivos tratan de besar lo que alcanzan. Creo que le rocé en la mejilla y entonces sentí la tentación de desvelarle mi identidad y decirle unas frases burlonas. Sólo de recordarlo no puedo resistir la risa. Si usted hubiera visto la expresión de sus ojos cuando él tocó mi piel, también se reiría. Su respiración se entrecortó. Podía escuchar su corazón acelerándose más y más. Yo comprendo su mirada de sorpresa y que estuviera profundamente escandalizado al ver un rostro y un cuerpo que no había visto nunca ni siquiera imaginado antes.

No todos los días alguien tiene la oportunidad de agarrar fuertemente al Diañu Burlón y ni es fácil dejarse penetrar por su mirada. Lo peor fue que esta vez mi presencia no llamó la atención de nadie. Aunque, en realidad

no me importó tanto cuando le vi vaciar su estómago sobre sus zapatos y oí que alguien soltó una sonora carcajada.

Fátima Fernández Méndez



AQUELARRE

A primera hora de la mañana el galeno de urgencias, pendiente de los resultados de la analítica toxicológica de Olivier, nos recompuso con retintín la historia que éste mascaba al despertar en la cama del hospital.

El paciente hablaba sin concierto de su tesis acerca de los procesos de la Inquisición relacionados con la brujería que dirigía la catedrática Marina de Otaola. Hablaba de Otaola fascinado; era su gurú en la investigación, y objeto de sus obstinados deseos. La tarde anterior recibió su llamada excusándose por no acudir a la reunión del departamento, tras lo cuál Olivier avisó a unos amigos para salir de tintos y ponerles al corriente de sus sorprendentes hallazgos en los Archivos de la Real Chancillería.

El recorrido por un par de bares les llevó a un viejo café destartalado y bohemio, situado en la zona antigua, donde pulieron las horas hasta bien entrada la madrugada. Olivier iba un punto cargado cuando descubrió en la penumbra del café a la directora de su tesis entre un grupo de mujeres que charlaban atropelladamente. Se apresuraba a poner en limpio un plan coherente para llamar su atención, cuando enmudeció al ver aquella piña de macizas dirigirse, cimbreando glúteos y caderas, hacia las escaleras del WC.

A esta hora nada parecía extraño en el local; nadie se percató de que Olivier, después de unos instantes de indecisión, se encaminó tras ellas. Bajó las escaleras y vio que por allí sólo respiraban un par de estudiantes de Derecho, conocidos suyos, carné en mano, y metidos en harina. Vio a alguien adentrarse en el almacén contiguo y le siguió en la

oscuridad, bajando unos peldaños más, para escuchar al fondo las risotadas y murmullos de aquellas maduritas que ahora comenzaban a desnudarse sobre una piltra. Un humo penetrante llenaba la atmósfera y Olivier notó cómo sus percepciones se enrarecían. Perplejo, descubrió a su directora morreándose con una morena de *Playboy* mientras se fregaban con un potingue. La ropa se amontonaba hacia un lado y Olivier, desde su hueco en penumbra, sintió que su cuerpo reaccionaba ante tanta belleza.

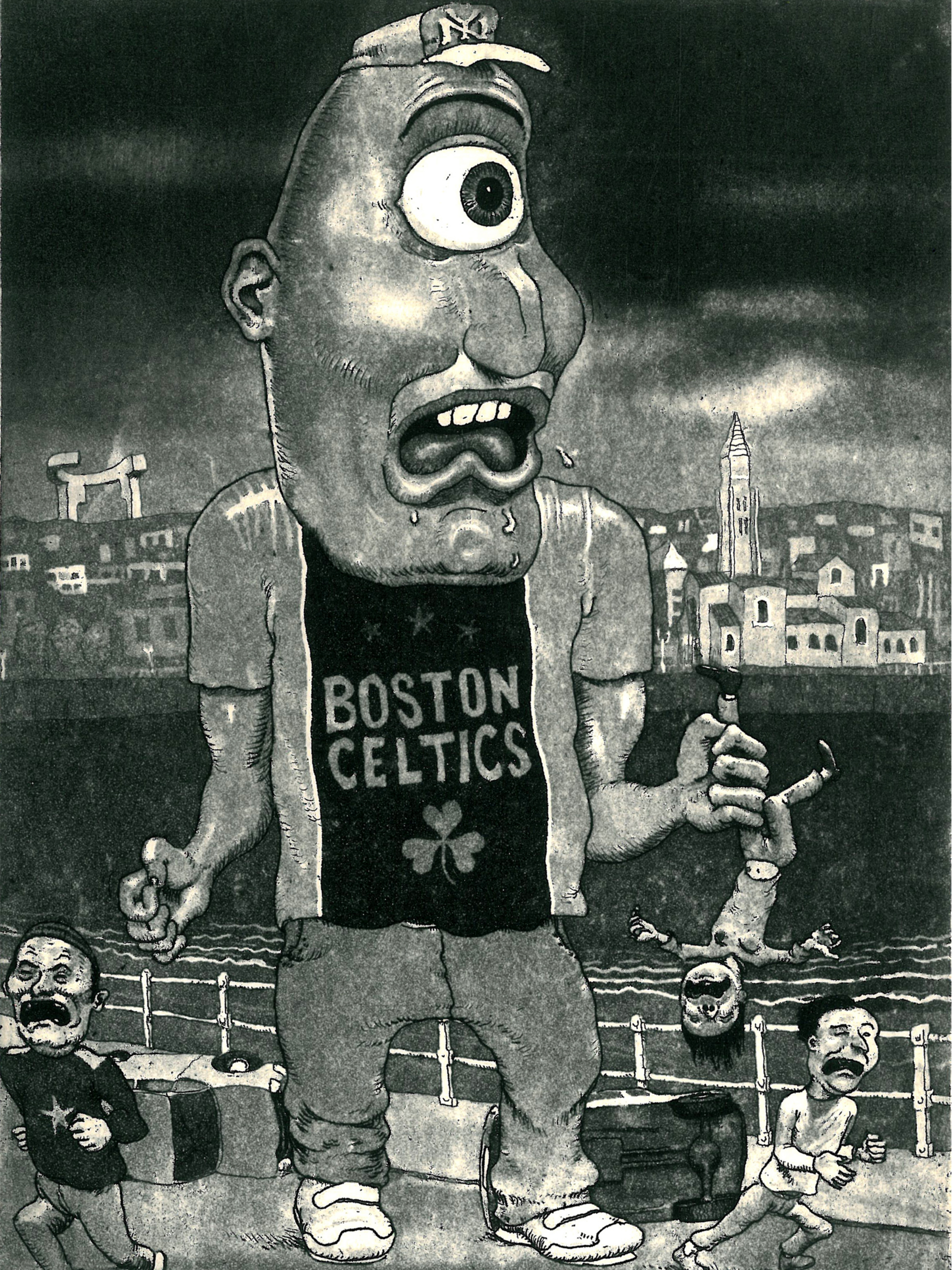
Pero pronto se descompuso al irrumpir en la sala un hombre desnudo, de piel oscura y cabeza de cabrón, con un falo descomunal que empezó a erguirse con los primeros roces de los cuerpos femeninos. Aquellas mujeres comenzaron a arrastrarse a sus pies entonando un rumor ininteligible mientras abrazaban su grupa, propinándole con sus lenguas largos besos de arrebatador frenesí. Se turnaban para succionar con fuerza aquella bestia, mientras se lubricaban y se entregaban a sus embestidas correspondiendo con alaridos de zozobra y placer. Olivier pudo comprobar cómo su profesora participaba extasiada del juego, mas cuando el hombre la situó de rodillas con lascivia para abrirse paso en su interior, Olivier le gritó aterrorizado: ¡MARINA, NOOO! ¡POR DIOS!

Fue al oír ésta última palabra y de inmediato aquellas brujas huyeron espantadas, perdiéndose en la oscuridad de la trastienda con quejidos endemoniados.

El informe de urgencias era de las siete treinta de la madrugada, un par de horas después de que un camarero encontrase a Olivier rebozado en sus propias babas sobre el suelo del almacén. Ahora, mientras unos opinan que una ingesta brutal de *Bombay Sapphire* y la obsesión por su tesis

llevaron al pobre desdichado a partirse la cabeza en las escaleras de aquél café, otros aseguran con rotundidad que, haberlas haylas…

Javier F. Granda


NY
BOSTON
CELTICS

EL PATARICO

Democracia

Eran las ocho y la mesa electoral aún estaba vacía. Aquél había sido un mal año para el país: casos de corrupción urbanística, delitos de cohecho, inseguridad ciudadana, violaciones… Las elecciones se presentaban como una de las más reñidas de la historia.

Fuera, al otro lado de la puerta, en la calle, uno de los futuros votantes leía en voz alta una columna del periódico. "El joven de hoy recuerda al monstruo que nos atemorizó ayer, un nuevo Polifemo panza arriba, un cíclope abúlico y perdido, un gigante en silencio que ya no vive ni piensa, al que ya no le interesa asaltar barcos ni encontrar tesoros, sino aguardar, pacientemente, cuál será la próxima hazaña del televisor. Pero si aquel monstruo era derrotado por su barba, el de hoy lo es tan sólo mirándose al espejo…" Los futuros votantes formaban una fila perfecta.

- Qué barbaridad. ¡Y qué razón tiene!
- Cierto, cierto. Ya no hay orden ni palabra.
- Ni piensan en lo que por ellos ya se ha hecho. Piensan que pueden acabar con nosotros, que pueden hacer lo que les dé la gana.
- Cierto, cierto. Pero pase usted la página, que sacan un artículo de José Tomás y dicen que este año no torea.
- Cierto. Pero ¿cómo esperan que alguien les oiga, si ni siquiera respetan a los que quedan? Lo que necesitan es una voz firme que les guíe, que haga entrar en razón a quien no la tiene.

- Cierto, cierto. Pero haga usted el favor y déle la vuelta. Dicen que la corrida fue un éxito y la cogida grave.
- Todos me parecen iguales… Ya no se escucha… ¡Se olvidan los valores!
- Dicen que perdió mucha sangre. ¡Hasta hubo que sacarlo en camilla!
- No existe ya la razón. ¡Ya no hay sentido!
- Y le dieron las dos orejas. ¡Y el rabo! Hubo justicia.
- Cierto, cierto.

Al fin, las puertas se abrieron, y los futuros votantes empezaron a llegar en una fila perfecta. Un ligero murmullo se dejaba oir desde el exterior. El vigilante permanecía inmóvil frente a la puerta, mientras toda la sala se iba agolpando ordenadamente. Con la noche llegó el silencio. Uno de los candidatos lograba la victoria por escaso margen. A la mañana siguiente, con la seguridad del deber cumplido, los votantes regresaban fielmente a sus trabajos.

Néstor Villazón



Xana y Cuélebre

Muerte a la luz de las velas

Cerró los ojos. Quiso retener la fresca impresión de la funda rayada de la cama, el aroma a lobo tierno de él, las risas inevitables, el gesto simiesco a la luz de las velas y el gritito: el primer orgasmo que compartía con un hombre. Al fin, podía celebrar aquel momento sagrado. Antes de ir por el vino, se recreó en el recuerdo de aquella atención muda, dulce y grave, como de copista. Fue justo entonces cuando la cola jaspeada de escamas volvió a trepar, pringosa, por sus piernas de porcelana blanda. Un aroma familiar, a desagüe y belén navideño, provocó la tempestad de sus ojos perplejos. "Caramelito", escuchó exclamar, desde la habitación, con voz cenicienta y adormilada. "No pasará otro día", se dijo, y adelantó una pierna escurridiza, y luego la otra, que tropezó con la caja de lápices. El salón estaba lleno de bocetos de seres mitológicos. En la cocina, mientras el cuélebre la vigilaba con ojos obsesivos, abrió el cajón de los cubiertos y empuñó un cuchillo cuya hoja relumbró con un destello blanco y decidido. Estuvo así unos instantes, enfrentada con el rijoso animal. Evitó el crimen la sed repentina del hombre, que fue quien sujetó con fuerza la muñeca temblorosa y pasó un brazo seguro y viril por delante del vientre de la mujer, como un padre ante un tiovivo. Después, pegó su mejilla y su frente a las de ella para besarla con labios exuberantes y fríos. Olía a primavera y a sala de conferencias. El cuchillo hizo un ruido hueco de pieza de tesoro al caer al suelo. Habían charlado mucho, y le resultaba imperdonable que el cuélebre hubiese intentado atacar otra vez a uno de sus

novios, el trozo de tela del paraguas nuevo y echado a perder en sus colmillos afilados, la orina despectiva sobre los zapatos de piel la mañana anterior, y aquel tacto intolerable después de que ellos al fin se hubiesen acostado. El hombre cogió el Albariño gélido, y osó sostener la mirada de la elocuente criatura que ahora descansaba majestuosa sobre el suelo de cerámica marrón. Puso una mano cálida en la espalda ancha e insomne de la mujer y la condujo al salón. Atrás quedaban Joaquín y su abrigo de paño perfumado con aquella colonia que olía como los puertos recoletos, hablando de libros; Aramburu, pulcro y estrepitosamente tímido, jugando al ajedrez en El Gato; el espejismo reflectante, salpicando de oro los antros del casco antiguo donde iba a verle, de la batería de Xuan; aquel fanático del surf de su juventud, que fumaba hierba. Hombres que se aventuraban y huían espantados por el tirano que la custodiaba. Pero con él todo había sido distinto desde el principio: una palabra se había encadenado a otra y ésta a otra más. Xana vio que su reflejo se había ido concretando en una larga conversación, que él le había ofrecido como un cabo de salvamento. Y así, a las preguntas sin complejos –"¿De dónde surgió?"- les sucedieron los consejos distanciados –"Ámalo, no tienes otra salida"-. Xana miró al animal con ojos nuevos. El hombre, moreno y guapo, se fue de madrugada, y el cuélebre arrastró su cuerpo verde, hechizado y renqueante tras él. La puerta se cerró. Ella se desperezó, apagó las velas y comenzó a esbozar en su cuaderno, sin saber si alguno de los dos volvería, un atardecer enigmático y silencioso como la palma de una mano.

Alejandra Sirvent


VINO
DON
SIMON
DIA

La Güestia

Malos tiempos

Lejanos quedaron los tiempos de bosques impenetrables en donde la osadía de invadir los caminos por donde ellos vagaban se castigaba con la muerte. Ya nada es igual. Los bosques y sus entornos se han poblado de casas rurales y los senderos se han convertido en rutas verdes por donde los turistas transitan, hacinados e incansables, impunemente. Cuando una noche un grupo de éstos quiso sacarles una fotografía (les llamaban la atención las capuchas y los hachones), supieron que estaban acabados. Se resistieron todo lo que pudieron, pero al final tuvieron que admitir que así no podían seguir. Celebraron una reunión en las ruinas de la vieja fábrica abandonada y decidieron que sus días de correrías nocturnas habían terminado. Afligidos, los grupos se fueron separando y cada cual optó por buscarse un lugar acorde con su condición donde pudieran pasar más o menos desapercibidos. Por su carácter errabundo, la mayoría de ellos empezó a vagar al anochecer por los lugares más frondosos de las ciudades. Su aspecto esquelético y sus caras pálidas de piel reseca y arrugada como pergaminos egipcios no desentonaban demasiado entre las de decenas de vagabundos que día a día y hora tras hora asentaban sus desvencijados cuerpos sobre los bancos de los parques. Pronto adquirieron sus costumbres y empezaron a ver pasar los días entre el humo del mal tabaco, el vino peleón y los bocadillos de cualquier cosa.

Cuando la nostalgia se apoderaba de ellos, desempolvaban sus antiguos utensilios e intentaban dar

algún susto a aquéllos que creían víctimas más impresionables: mujeres, adolescentes, ancianos… Pero nunca conseguían nada. Los adolescentes los confundían con extras para algún anuncio relacionado con La Guerra de Las Galaxias. Se entusiasmaban con sus capuchas y la luz de las antorchas, y los aplaudían como si de auténticos héroes Jedi se tratara. "Mola mazo, tíos", repetían y los seguían parque a través pidiéndoles autógrafos. Con los ancianos era aún peor. Malhumorados, cascarrabias y ya de vuelta de todo, la mejor reacción que podían encontrar en ellos era la de la indiferencia, porque, la mayoría de las veces, sus bastones o sus exabruptos los hacían huir como fantasmas que lleva el diablo. Las mujeres, desconfiadas por naturaleza, los miraban con recelo una y otra vez hasta que terminaban preguntando "¿dónde está la cámara?" o se alejaban alegando cualquier cosa sobre la forma tan mamarracha de vestir que tienen algunas tribus urbanas.

Sin la credulidad de los hombres, sin la reverencia a sus mitos y sin la memoria de los miedos más ancestrales, poco podían hacer.

¡Malos tiempos son éstos para güestias o santas compañas!

Herme G. Donis


NY
8

EL MALÍN

Ten cuidadín con el malín. Ye muy listu y no duerme. Anda tol día rondando y buscando víctimes pa chupáis la energía. Decía el mi güelu que fue un trasgu muy endemoniau que lu garró el hombre del saco de pequeñu y túvulo encerrau hasta que creció dándoi carne podre con mosques de perro sarnosu y orín de burra enferma pa comer.

Mira esti pobre infeliz ahí tirau. El malín sabía que paraba siempre por los mismos chigres y que-y gustaben mucho los cómics. Una noche, haz un par de semanes, acercóse a él con una camiseta de *The Fabulous Furry Freak Brothers y* empezaron a hablar. Pa poder entrar en los cuerpos necesita que la víctima otórguei cierta amistad. Convidólu a cacharros, llevólo de putes e incluso quedaron pa ver el Madri-Barsa e ir al Salón Chinuasturianu del Cómic.

Pero hoy ¡ZAAAAAAAS! Llegó el desgraciau momentu. Na más que-y dijo, to mamao: "¡Ostia *malu* qué gran colláciu yes!" metiósei po la foreya a coméi toda la vitalidá.

Mañana por la mañana tendrá una resaca muy, pero que muy, jodida y al mes siguiente empezarán los dolores nel estómagu y…bueno quiero más no pensalo.

Así que ya sabes: ¡Ten cuidadín con el malín! Cualquiera puede ser. Oí que adopta muches formes y personalidades con tal de conseguir su propósitu.

David Suárez, Suarón



EL NUBERU

Está lloviendo dentro

Una vez un hombre completamente enamorado de su mujer decide practicar un juego cruel con ella. En el momento de mayor exaltación del amor entre ambos él le dice que conoce a un hombre a cuyos pies ella caería rendida incluso en su estado actual de enamoramiento incondicional hacia él. Ella se lo toma a guasa y pregunta por curiosidad quién sería ese segundo hombre. Es un amigo íntimo-enemigo-hermano al que el primer hombre admira, teme, ama y odia. Una noche se produce el encuentro entre los tres, que al final quedan reducidos a dos: la mujer y el hombre del que ahora se ha enamorado (el segundo). Juana ha sido seducida por el segundo hombre, pero sigue recordando aquel enamoramiento del primero. Pasa un tiempo eufórico y devastador con el segundo, pero lo deja convencida de que él no está enamorado; vuelve con el primero, que le pide que lo perdone y dice haberla estado esperando todo ese tiempo. Ella sugiere que se alejen, y lo hacen, sin embargo, después de un tiempo prudencial, una noche de fuerte lluvia cuando su enemigo está durmiendo y su mujer es libre, el amante vuelve, saca afuera a Juana, corren y se dan un largo beso bajo la lluvia, cuando separan sus ojos y abren sus labios él le dice: "Está lloviendo fuera".

–¿Fuera de dónde? –susurra Juana con sorpresa.

–Sobre las cabezas de todos los demás.

Entonces ella echa a correr por los prados espantada, porque ya ha tenido esa misma conversación en circunstancias meteorológicas similares con el hombre que

ahora duerme. Mientras se empapa va pensando que entre los dos hombres hay una retroalimentación que funciona a través de ella, utilizándola. Recuerda que el hombre que ahora duerme le ha hecho cosas en la cama que eran del otro.

Cuando llega al piso despierta al hombre dormido y le pregunta.

–¿Qué puedo decir de mi hermano, mi asesino? Que me enseñó que no tenía sentido luchar por que desapareciese esa tristeza de tus ojos, que estaba ahí para bien.

–Sois unos perturbados mentales, y tú, el que más.

Ha pasado un tiempo prudencial, Juana se ha cruzado con ellos dos en la avenida y ha alzado la cabeza, un coche va a entrar en el garaje, ya está subido a la acera; mientras, los peatones esperan pacientemente, pero desde donde ella lo ve atravesado parece la señal de que el conjuro va a funcionar. El sol redondo que abrasa la avenida –hay algunas persianas bajadas a esas horas del mediodía– cobra vida y empieza a llover gotas como babas que sólo caen sobre ellos dos, estira sus enormes brazos y los agarra por el pescuezo, sólo llueve sobre las cabezas de ellos dos, y siempre estará lloviendo dentro de ellas.

Pablo Álvarez



EL HOMBRE LOBO

Cecilia estaba cansada. Cuando llegó a casa arrojó el bolso al suelo y la chaqueta, se quitó el uniforme con toda la brusquedad y rabia que provocan ocho horas en una oficina. Se tumbó en la alfombra y se quedó quieta, mirando al techo. No podía pensar, ni moverse, sólo respirar hondo. Escuchó el ring con el que el teléfono parece amenazar siempre en todo momento de calma. Ni se inmutó. Siguió tumbada. El teléfono volvió a sonar. Se arrastró hasta él y acercó el auricular a la oreja como quien sujeta un ladrillo con ambas manos. María había quedado en el bar a las once con las demás. Algo rápido. Cecilia dijo que sí, que allí estaría. Volvió a tumbarse en el suelo y se arrancó las medias, como si éstas estuvieran a punto de cortarle la circulación sanguínea. Volvió a respirar hondo. Se sentó y se fumó un cigarrillo. Luego preparó algo de cena y se metió en la ducha. Cuando cerró el grifo permaneció allí de pie casi diez minutos. Su cabeza le repetía: ¿Existe algún hombre bueno? De repente, su mente elaboró una especie de rueda de reconocimiento policial, tras la mampara de la ducha del baño, de todos los impresentables que habían pasado por su vida. El mentiroso compulsivo, el infiel, el que va de víctima, el egoísta, el inseguro, el débil al que gusta herir y el egocentrismo puro que se escondía tras todas las cremalleras que había desabrochado. Sintió que no podía respirar. Salió de la ducha, cogió la toalla y se fue a la cocina. Se tomó un whisky y se dio unos golpecitos en la cabeza con el vaso. Sentía los latidos del corazón en la sien izquierda.

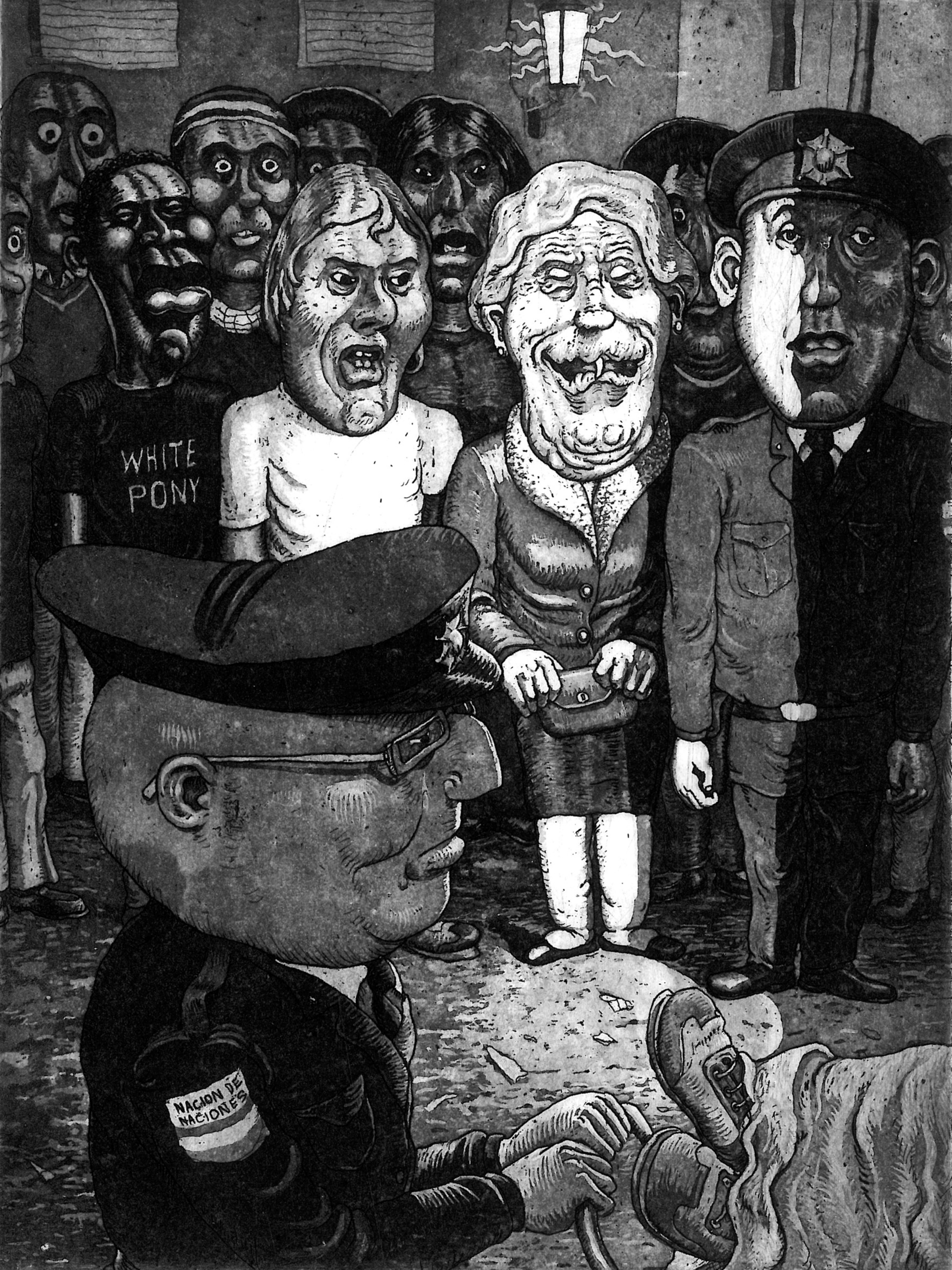
A las once llegó al bar. Sus amigas le hicieron un gesto desde el fondo. Se abrió paso entre la multitud y se

acercó hasta ellas. Les dijo que iría a la barra a pedir algo fuerte, que seguía perdida, con la misma pesadilla que no le dejaba dormir noche tras noche: un hombre lobo la perseguía por la ciudad, pero su voz era conocida, aunque ella no parecía recordar a quién podría pertenecer.

Cuando se acercaba a la barra, un hombre la agarró por la cintura y le dio la vuelta con fuerza. Cecilia de repente sintió miedo, le miró a los ojos pero no pudo reconocerle. Su voz le resultaba familiar. El hombre le susurró al oído: ¡Buenas noches, Cecilia! Ella, con total solemnidad, como si en su respuesta hallase la ecuación científica cuyo valor cambiaría el mundo, aquello que parecía perseguirla, le preguntó: ¿Tú eres un hombre bueno? El hombre sonrió al principio, luego comenzó a reírse con más y más ganas, hasta que la carcajada se convirtió en una especie de convulsiones que se transformaban en extrañas mutaciones en rostro y cuerpo. Su cara se alargó, le crecieron los colmillos, surgió el hocico de la nada, las orejas puntiagudas, las uñas largas y, en resumen, las fauces del lobo. Cuando la transformación concluyó, éste agarró a Cecilia del brazo y atrayéndola hacia él, mientras con las uñas de la pata derecha le rozaba el vientre -casi el pecho- dijo, con mirada torva y cierto desdén: "Sí, Cecilia, soy un hombre bueno, muy, muy bueno". Entonces estiró la lengua hasta su mejilla. Cecilia de forma instintiva apretó las piernas. La mujer de al lado hizo lo mismo. Y la de enfrente. Y todas las mujeres del bar.

Dicen que a ciertas horas de la noche ningún hombre bueno puede esconder su verdadero rostro…

Ana Vega


WHITE PONY
NACION DE NACIONES

LA GUAXA

Papá agota preguntas. Perdido y bruto, se apoya en el mostrador de metacrilato: "Yo trato de saber..." Ya no mira a nadie en concreto, deja los ojos en mí y concluye: "Me mataron al hijo". Con pasitos rotos, se va hacia la puerta. Y hace sonar las campanillas que anuncian si entran o salen clientes.

"¡Nena!". Cruci sacude la cabeza teñida, y es que yo aún estoy atontada, con el cepillo en alto, como un mimo, mientras Bea, por ejemplo, ya ha encendido el secador. Es bueno, el ruido de secadores y el olor a laca, porque ahora todas están montando un zipizape de idiotas.

Hace una semana, dos pequeñas amarillas entraron en la peluquería dando chillidos, los ojos casi redondos, abriendo y cerrando cuatro manitas sucias: "Sangla mucho, chico, al lado, sangle". En quince segundos, se formó un corrillo en la acera. Yo no salí, me quedé quieta, como un mimo, las tijeras en la mano, los ojos en aquel charco granate, incrédula, viéndolo crecer. Aún no entiendo cómo pudo salir tantísima sangre del pequeño yonki.

Creo que me van a echar, porque nunca me entero de nada. Bea, que sí se entera, me contó: "Si el pobre se acaba de estampar contra el escaparate, pero quién iba a saber, pasa cada dos por tres dándose contra las paredes y con la misma cara de colgado..." Bueno, esa dos por tres vino, además, con una navaja en el abdomen.

Recuerdo cómo moví las tijeras, cómo desfilé el tiempo, sesenta veces, y otras sesenta, y otras... mientras Cruci, medio teñida, no paraba de hablar, necia, los dientes manchados de carmín. "Mucho color y mucha droga y

mucho de todo hay en este barrio". Qué vergüenza ajena, se me escapó la mirada, pero el negro de "Portes Basilio", apostado cerca de los mirones, tenía el aire ausente y los ojos cerrados y dignos. Creo que me gusta. Vaya que si me gusta.

Llegó la UVI móvil y el coche patrulla, y los faros devolvieron color a la sangre. Porque en quince minutos (quince cortantes, metálicos minutos) había anochecido del todo. Sólo luego supimos que el pequeño yonqui murió mientras el resto esperábamos.

Hoy la vieja tampoco se calla. "A estas alturas viene el padre a investigar... qué familias". Por qué esta mujer me elegirá siempre para peinarla y lavarla, y teñirla y arreglarla. Dejo el cepillo y acerco las tijeras a su piel. Total, me van a echar...

Inés Toledo



HOME MARÍN

Elogio del rafalero

-¡Eh, tú!

El cachas de las gafas de espejo salió corriendo hacia los rafales. Todos volvimos la cabeza. Una pareja que estaba cerca de la orilla se levantó y preguntó qué ocurría. Se oyeron voces y luego el cachas reapareció caminando despacio, con los huevos colgando como mollejas.

-Un puto rafalero –dijo en voz alta al pasar-. Si lo cojo no le van a quedar más ganas...

Nosotros nos encogimos de hombros. Ya sabemos que es la fauna del arenal, desde el Terrón hasta Isla Cristina. Apenas estábamos en la zona nudista diez o doce personas, la mayoría parejas. El cachas, que estaba solo, había causado mucho más escándalo que el rafalero.

Los rafales es la vegetación característica que corona las dunas. Es una zona estupenda para hacer el amor discretamente, al sol benigno de la primavera, cuando aún no hay turistas y apenas se ven uno o dos pescadores de caña. Pero también es la zona de los rafaleros. Algunos llevan prismáticos e incluso cámaras de fotos. Son asustadizos y suelen salir corriendo cuando se los sorprende. No se conocen casos de agresión, aunque, en sentido contrario, no hay un mozo de Isla que no presuma de haberle calentado las costillas a un rafalero o dos.

Dan un poco de pena: deben de estar muy solos.

Una vez vi un grabado que representaba al Home Marín. Calvo y con los ojos desorbitados, contemplaba desde detrás de unas rocas a una pareja que se disponía a

bañarse. Dicen nuestros gobernantes que la emigración de los asturianos es pura leyenda. Pero no lo es. ¡Pobre Home Marín! Él también tuvo que dejar los mares cantábricos, fríos y broncos, con sus gloriosas olas coronadas de espuma que en otro tiempo más proclive al mito remontaba feliz, la cara al viento, como un pequeño dios, como un Wéndigo de agua batida. Entonces sí era el rey de los peces: un hombre-pez.

Lo expulsaron de allí seres que no eran peces. Él sólo sentía curiosidad: quería saber quiénes eran. Los ojos se le abrían como platos. Poco a poco se replegó a las rocas y las dunas, evitó el mar. Se asomaba a la playa y siempre estaba llena de gentes extrañas. Luego... Bueno, ya lo dicen nuestros gobernantes: pura leyenda.

El cachas se había puesto a hacer ejercicio. Daba saltitos, amagos de boxeo... Ahora sus mollejas se meneaban obscenamente. Cuando nos íbamos, noté una leve agitación entre los rafales. Seguí andando sin mirar, no dije nada.

Qué daño hacía. Para qué avergonzar a una leyenda.

José Luis Piquero


BAR
el Encant

El Busgosu

Estoy apoyado en la barra de un bar tomando mi cerveza número treinta para, como quien dice, aliviar la pena de una mujer que me dejó. Y no es que no tenga éxito con las mujeres; incluso me han llevado varias veces a juicio y he estado en prisión por raptar a veinteañeras. Bien es cierto que ellas no sentían ningún desprecio hacia mí: estaban encantadas por mis habilidades sexuales y excitadas por mi olor montuno. Lo demás ya es otra historia. Está a la vista que mi presencia no deja a nadie indiferente: nací bajo el signo de Capricornio, y eso es algo que ostento con agrado, porque me hace sentirme especial. Mientras apuro mi cerveza número treinta y uno, recuerdo mis años de juventud en los bosques de Muniellos: me pasaba todo el tiempo persiguiendo a vestales, y de vez en cuando tocaba el caramillo para endulzar las noches lúbricas en homenaje a la felicidad más primaria. Cuando me instalé en la ciudad, surgieron los acontecimientos que mencioné más arriba: y es que no me podía controlar. Me hice con unos amigos, pero me dejaron en cuanto se enteraron de que yo me tiraba a sus mujeres... ¡Qué le voy a hacer si soy un sátiro! Le pido al camarero mi cerveza número treinta y dos. Vuelvo a pensar en la mujer que me dejó; por mi cabeza pasan recuerdos de discusiones civilizadas sobre el modo en que no me adaptaba a sus sugerencias y caprichos. Sin embargo, le agradezco sus esfuerzos por educarme en aspectos civiles, pero no soportaba mi hábito a la bebida. Me sirven la cerveza número treinta y tres. Sospecho que en estos instantes, mi mujer estará haciendo el amor con un tipo más atractivo que

yo. Entonces, por primera vez, me siento avergonzado por los cuernos que me ha puesto.

Pelayo Fueyo


BAD BOY
BALAI

TRASGU

Hoy igual no era el día.
Me levanté
sin haber abierto bien los faros.
Y comencé a pensar:
Aquel no era mi sitio,
aquella no era mi casa
ni aquel mi camino.
El día comenzaba jodido, y todo
parecía tocado por la niebla.

La niebla alcanzó la aldea de Mones en el mismo instante en que Sara gritó y los perros ladraron más fuerte.

–¿Qué pasa?– Marta interrogaba a su hermana desde fuera de la ventana de la cocina. Enfrente está el tablón para sentarse a observar la tarde y charlar sobre la vida y la muerte.

–¡Tortos, hay tortos en la lavadora!

Recordó haberlos buscado en la nevera, estaba convencida de que los había dejado allí, y no conseguía comprender aquel misterio.

«¿Estaré volviéndome loca?» Primero fue aquel arroz con leche que había sobrado de una cena de julio. Después, las primeras manzanas que Mary cogió de camino al "Chorrón": el trayecto a la fuente siempre ofrecía alguna sorpresa comestible que la prima de Sara aprovechaba muy bien. Más tarde, las revistas que Marta solía dejar encima de la mesa… Y todo, en los días rematados de calima, reaparecía inexplicablemente dentro de la lavadora.

El colmo de aquella situación era, sin duda, soportar los extraños ruidos que la noche arrojaba y que al parecer sólo alcanzaban su oído, ya que Juan Manuel – su marido– no prestaba el suyo ni a uno de aquellos estúpidos crujidos.

Sara, que vaticinaba la lluvia con precisión barométrica, debía rendirse a la evidencia: «Algo insólito estaba rondando por la casa». Decidida a salir de dudas montó una estrategia en la que no dejaría ni un solo detalle al azar. Así empezó a enumerar todas sus acciones y colocar un post-it en todos y cada uno de los utensilios de cocina, alimentos y cualquier cosa que moviesen sus manos o advirtiesen sus ojos.

Pero un día tras otro, y a pesar de tan rigurosas medidas, la lavadora continuó deparando multitud de sobresaltos.

Aquel verano, la niebla, súbitamente, alcanzó la espalda del tejado, y Sara comenzó a dibujar sonrisas sin saberlo.

Hoy, desde el camino que sube a Pesquerín, desciende un sonido de hojas muertas, y en el banco, frente al poyete de la ventana, hay una mujer vestida de lila. Marta se coloca a su altura y le acaricia la rodilla: «Tómate las pastillas, que hay que acostarse».

Elisa Torreira

Primera edición digital: julio 2016
Edición no venal

Realización editorial: Javier F. Granda

Depósito legal: AS 02430-2016

Carlos Álvarez Cabrero
http://alvarezcabreroblog.blogspot.com.es

Ediciones Pata Negra
http://edicionespatanegra.blogspot.com.es
https://www.facebook.com/editorial.edicionespatanegra
Fermín Santos 647 692 369
edicionespatanegra@gmail.com
Calle Asturcón, 4 - 33006 Oviedo (Asturias)

Editorial Pata Negra